

Nuestro consuelo

RAFAEL COIRO FONT



C

Editorial Comba



Doce años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2026

Colección Narrativa

Nuestro consuelo

RAFAEL COIRO FONT



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Ilustración de Matías Perego, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

© Rafael Coiro Font
© Editorial Comba, 2026
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

Primera edición: enero 2026

ISBN: 978-84-127669-8-1
DL: B-1.702-2026

A Gero y Nico

«Hay que tener riñones muy firmes para intentar
andar mano a mano con esa gente.»

Montaigne

«Of course this land is dangerous
all of the animals
are capably murderous.»

Perry Farrell

1

Nadie llega al pueblo y es bienvenido. Nadie es bien recibido. Ni siquiera si tiene amigos, ni siquiera si tiene dinero, ni siquiera si da trabajo. Lo comerán la desconfianza y la envidia. Nuestra desconfianza y nuestra envidia. Yo no las padezco, pero las comprendo. La mayoría de los que vienen son impresentables, y los que llegan para quedarse son los peores. Escapan de las grandes ciudades, ahora también de Europa, de Estados Unidos, donde ya es imposible vivir, dicen, ya no hay calidad de vida. Y todos traen esos aires de grandeza, de superioridad, de saberlo todo, de ser mejores. Nos tratan como si fuéramos indios todavía, idiotas perdidos que apenas saben por dónde sale el sol. Hay que aguantarles eso. Hay que aguantarles las fantasías que tienen de cambiar de vida, de conectar con la naturaleza, de la energía positiva, de hablar con los árboles y todas esas historias. ¿Qué es ese cuento de cambiar de vida? La vida es una, y bastante

dura casi siempre. Ya nos acostumbramos a encontrar tarados hablándole a la luna, bañándose desnudos en el mar al amanecer, abrazando a los pinos con los ojos cerrados. Después no hay manera de quitarse la resina.

2

Es verdad que Esteban Alberdi no tenía esas ideas, ni llegaba con esa actitud. Hay que reconocer que no parecía de la Capital. Era un tipo bastante tranquilo, de perfil bajo, apenas se lo escuchaba.

Al principio lo respetaba, enseguida me dio trabajo. La de mierda que se dijo de él en el bar de Benito, en el nuevo café de Agustina, en el Club Náutico y, me imagino, en el Hotel Punta Brava. Todo el tiempo haciendo bolas de nieve con historias más o menos inventadas: que en la Capital era un vago que estafó a su familia y se quedó con la casa del abuelo de herencia, que las esculturas que vendía a los ricachones eran un espanto, que eran un plagio y que su taller una tapadera.

Sobre hilos muy finos se pueden tejer las historias de las personas, y de Esteban Alberdi se tejieron telares enteros. Creo que él nunca fue muy consciente de lo que se decía, o no le importaba y podía vivir con ello. Es condición para quedarse.

3

Necesitaba ayuda para instalarse. Nos tomamos una cerveza para hablar del trabajo. Éramos de mundos muy

distintos. Esteban era soltero, lo de tener una familia no pasaba por su cabeza. Yo llevo con la misma mujer toda la vida. Para debutar me llevaron al prostíbulo de Casares, pero la verdad es que no pude. La puta me dijo que no me preocupara, que ella no decía nada.

Era una gorda buena, bastante fea. Todavía me acuerdo de su cara. Sólo se lo dije a Sasa, por supuesto. A los dieciséis, más o menos, conocí a Sandra. Bueno, ya la conocía de toda la vida, de vista, del pueblo. Salimos un tiempo, dábamos vueltas con el ciclomotor, y cuando la llevé a nuestro escondite, la Chevrolet abandonada, a la primera quedó embarazada. Nos casamos rápido y construí la casa con tres ladrillos al costado de la casa de sus padres. Después tuvimos dos más. Y así vamos. Si no estoy yo de mal humor, es ella la que no se aguanta. «Lautaro no empieces», me dice. Y yo me quedo manso, no digo nada. O me levanto y me voy. Creo que eso es lo que nos salva. Ella me aguanta. Yo también. Es una buena mujer y una buena madre. Además, tiene ese don, predice las tragedias.

Eso es lo que hacemos los que nacemos acá: formar una familia. Con alguna que otra excepción, Sasa y dos o tres ermitaños más que se dedican a la bebida desde el otoño hasta bien entrada la primavera y que cada año van a peor. En cambio, los que llegan de afuera, como Esteban, sólo piensan en ellos. No les preocupa estar solos y envejecer solos. Me parece que ni piensan en envejecer, ni dónde estarán para entonces. Nosotros nunca saldremos de Punta Brava, lo tenemos claro. Tiene que haber una guerra civil o un maremoto para

que nos echen de acá. Y ni siquiera eso. Ellos en cambio hablan de calidad de vida, de disfrutar, de negociar esto o aquello y no sé cuántas cosas más que escuché en boca de Paula Puig por primera vez.

4

Paula Puig fue de las primeras en llegar con este cuento hace unos años. Dicen que trabajaba en una gran empresa en Barcelona y que se cansó y se vino para acá y se compró uno de los mejores lotes de Punta Brava. Se construyó una casa ecológica, cosa que tampoco habíamos escuchado nunca, luego de volver loco al arquitecto y a los albañiles. Enseguida se mudó y yo le hice el jardín. No como yo sabía, sino como ella me dijo que lo hiciera. También me enloqueció. No parecía una mujer, era otra cosa. Paula Puig era hermosa, inteligente, delicada. «¡Ha llegado en un cometa!», decía Federico. Yo nomás había hablado con mi mujer, con sus primas y con las viejas del pueblo. Parecía de otro planeta. Y todo lo que me decía, además de que usaba otras palabras para hablar, me entraba por un oído y me salía por el otro. Me quedaba hipnotizado y no atendía. Hasta que un día me pegó una bronca y me dijo que si no la entendía contratara a otro. Entonces reaccioné. El jardín le quedó estupendo. Pero nomás la ayudé a montarlo, hice un poco de mantenimiento y enseguida se quiso ocupar ella. Pensé que era porque la había cagado, me había equivocado, o que era de tacaña, que quería ahorrarse el dinero. Pero no, me

dijo que le hacía bien trabajar el jardín, que lo hacía como terapia. ¡Como terapia! Para nosotros era una condena. Con lo que crece el pasto acá, que si no es con un caballo que se coma la hierba no hay manera de mantenerlo. Y ella como terapia. Era de otro mundo. Mientras trabajaba en su casa la escuchaba hablar por teléfono con sus amigas de Barcelona. Se reía estirada en la hamaca paraguaya que había colgado en los arcos del porche. De lejos parecía flotar en el aire y a mí me parecía más una muñeca que una mujer. Nunca había visto una hermosura tan delicada. La de veces que Sandra me insultó por decírselo. Pero con ella siempre fui correcto. Soy ignorante, pero siempre supe que no era una mujer para mí.

Estaba claro, era una mujer para Leandro Heredia, el niño rico del pueblo, el que cuando la vio por primera vez, recién llegada, hablando con el arquitecto sobre el terreno, no fue capaz de disimular su flechazo y giró ciento ochenta grados su Land Rover para volver a pasar por el terreno y saludar, sin bajarse, agachando apenas la cabeza en un gesto galante, a la nueva vecina del pueblo; el que a los pocos días la invitó a su hotel, el Hotel Punta Brava, a tomar unas copas en la barra del bar —al que ninguno de nosotros podía ir—; el que la llevó a conocer Punta Brava —las playas, las dunas, los barrancos y los bosques— y le mostró sus campos y sus caballos, sus rifles y escopetas que, supimos, la aterrorizaron, según contó el propio Leandro Heredia en alguna borrachera posterior; el que, cuando su cortejo de bienvenida y sus funciones de guía se fueron

a la mierda, es decir, cuando afloraron sus verdaderos motivos —nunca se le dio bien la espera, la paciencia— y se encontró con una distancia inesperada, desconocida, no tuvo piedad en sacarle punta, en insultarla de pies a cabeza, lleno de odio y frustración.

5

Nadie se atreve a preguntar, pero no duró nada el cortejo. Por más que fuera un niño bien, el único que tenía la capacidad de agasajarla con su riqueza, su hotel, sus lujos y sus campos; por más que Leandro Heredia hubiese estudiado en Estados Unidos y luego en Europa, metiéndose, parece, en líos de drogas y mujeres y violencia, tirando de la infinita cuenta corriente de su padre y mintiendo siempre sobre la evolución de sus estudios de administración de empresas, Leandro Heredia nunca tuvo clase ni estilo alguno, no dejaba de ser un salvaje como nosotros, incapaz de comprender la sensibilidad de Paula Puig, incapaz de compartir un momento romántico, alguna inquietud en común; él, que nació asesinando a su madre, como decían las viejas del pueblo, Leandro, una mala bestia criada entre peones, acostumbrado al cuero, la sangre, el grito y la imposición.

6

Los Heredia tienen un apellido, una estirpe y, por sobre todas las cosas, una inmensidad de tierras en propiedad. En las paredes de la estancia los cuadros recuerdan

quiénes fueron, establecen jerarquías, ordenan la familia, no permiten el olvido: hazañas de generales y capitanes que conquistaron las llanuras a golpe de sable, ballesta y pólvora. Paredes que sostienen cuadros de almirantes a caballo luciendo capa y espada, bigotes, mirada violenta. Los descubrimos cuando éramos chicos al recorrer con miedo y respeto, por algún recado, las salas de la estancia que apenas se utilizaban, repletas de sillones cubiertos con sábanas blancas que parecían fantasmas y alfombras oscuras que olían a humedad y a abandono. Habitaciones tenebrosas que atesoraban las conquistas de sus antepasados, glorificados por el pincel de vaya a saber quién, cuadros que entonces nos daban miedo y esquivábamos de nuestras miradas infantiles. Y sin saber ni fechas ni nombres, nos marcaban quiénes eran los dueños de las tierras desde siempre. Porque antes que ellos sólo había llanuras sin dueños.

Entre vinos y cigarrillos, Federico y Víctor cuestionaban esas historias. Lo que abundaba eran cambios de bando, traiciones y asesinatos por la espalda, decían, cuando apenas había leyes ni testigos, y las historias las contaba el que quedaba, es decir, el que ganaba, el que mataba.

Que tampoco había que tirar mucho del hilo, decía Federico, que antes del abuelo, el bisabuelo y tatarabuelo del viejo Heredia participaban de refriegas continuas: acechados por los indios, diezmados por las pestes y el clima extremo de la zona: inviernos fríos y húmedos donde el viento que llegaba del mar alternaba con las heladas del campo, veranos eternos plagados de moscas

durante el día y mosquitos en cantidades industriales por las noches. Fábricas de insectos, decía Federico; guerras intestinas por el territorio, a nivel local, a nivel continental, bandos que mutaban según las fuerzas. Una vida sin tregua. Alguna borrachera cada tanto, con alcoholes pestilentes y mujeres desgraciadas. Vidas sosteniendo promesas de tierras propias que, en algún momento, cuando se convino en legislar aquella barbarie, cayó el destino del lado de los Heredia, y Don Jacinto Heredia, bisabuelo del viejo Heredia, antaño encargado de la línea de postas que marcaban una suerte de frontera y protección contra los indios, fue quien se vio favorecido por un reparto discriminatorio e injusto, y sin dudar mandó pasar a cuchillo a los enemigos y disfrutar de sus últimos años en la paz armada de esa geografía que nunca eligió, sino que el destino proveyó, y donde plantó bandera, acumuló animales —vacas, ovejas, caballos—, soldados fieles devenidos en peones, y que, a partir de ese trasiego de compra y venta, tierras y especias, contrabando y extorsiones, supo cuidar de un territorio más grande del que su simple vista abarcaba. Así lo cuenta Federico, completamente borracho de vino.

7

En mi familia, más allá de mis abuelos, de los maternos, nada sabemos. Nada se recuerda. Que la abuela vino de un poblado del otro lado de la frontera y apenas hablaba español. Que el abuelo la conoció en el campo, en temporada de cosecha. Los rasgos son todos parecidos. Y

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. J. Villa, C. Ternicier, K. Suárez, A. Santamaría, A. Mayo, M.A. González, E. Escobar Ulloa, J.B. Durán
De la solastalgia. Ocho relatos naturales

44. Andrea Mayo
La planta carnívora
45. Ricardo Martínez Llorca
El viento y la semilla
46. Valentina Marchant
El reverso del agua
47. Juan Manuel Zurita Soto
Arauco
48. Osías Stutman
El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022
49. Ana Santamaría
Libres
50. Andrea Jeftanovic
Geografía de la lengua
51. Juan Villa
Mal tiempo
52. Flavia Company
Melalcor
53. Ernesto Escobar Ulloa
Horizonte tardío
54. Esmeralda Berbel
Así es el juego
55. Fernando del Castillo
La individualidad como motor oculto de la historia
56. Juan Manuel Zurita
This is Music o Historia particular de un infame
57. Jesús Martínez
El peso
58. Ximena López Bustamente
Sombra celeste

59. Miguel Á. González

El chico que ganaba todos los premios

60. Luis Noriega

La puerta de la felicidad

61. Rafael Coiro Font

Nuestro consuelo

La llegada de veraneantes y nuevos residentes al pueblo balneario de Punta Brava transforma su ecosistema y ritmo de vida, en un claro contraste con los tiempos pasados y entre las temporadas alta y baja. Dos de esos nuevos residentes habrán de alterar de forma notable el ánimo general, al poner de frente los aires frescos procedentes de la Capital y las viejas costumbres. Así lo cuenta Lautaro, un lugareño que mientras realiza todo tipo de trabajos observa cómo se suceden los acontecimientos, y así se percibe también a través de los demás personajes. Repite uno de ellos cada tanto: «La ruta, la carretera, el camino. La ruta, la carretera, el camino. Historias, leyendas, destinos. Un hombre se va de viaje. Un hombre llega.» *Nuestro consuelo* es una novela de aparente sencillez que sitúa al lector ante una realidad insospechadamente compleja.



Doce años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2026